

# Luis Cernuda: emotividad platónica versus mentalidad presocrático-aristotélica<sup>1</sup>

Pau Gilabert Barberà<sup>2</sup>  
Universidad de Barcelona

A Luis Durán y Josep M. Turiel

Cumple reconocer que la aparente osadía de elegir a estas alturas dos insignes adjetivos del legado filosófico helénico, “platónico y presocrático”, con la pretensión de redefinir la binaria tensión poética cernudiana realidad/deseo<sup>3</sup> pudiera parecer tan poco novedosa como indigna de la atención de quienes ahora tienen la amabilidad de leerme. Al fin y al cabo, el mismo poeta explica que la más reveladora de las lecturas en Mount Holyoke fue *Die Fragmente der Vorsokratiker* de Diels, complementada más tarde en México por *Early Greek Philosophy* de Burnet: “Los fragmentos de filosofía presocrática que en una y otra obra conocí, sobre todo, quizá, los de Heráclito, me parecieron lo más profundo y poético que encontrara en filosofía”<sup>4</sup>. Y, así, reconocida su iniciación en los misterios físicos del mundo de la mano de un compañero<sup>5</sup>, de un filósofo-poeta<sup>6</sup>, confiesa su adhesión a la actitud griega de “ocuparse en el mundo, sin divagar acerca del final inevitable” (658)<sup>7</sup>, para salvarnos por último de un error lógico y reconducirnos hacia el usual talante de su quehacer poético: “Es cierto que en determinados versos yo mismo he querido engañarme con nociones halagüeñas de inmortalidad, en una forma u otra; es difícil ser siempre fiel a nuestras convicciones, por hondas que sean. La

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en inglés (“Luis Cernuda: Platonic Emotiveness versus Presocratic-Aristotelian Mind”) en *Itaca. Quaderns Catalans de Cultura Clàssica*. 18 (2002) 41-55, y en castellano (“Luis Cernuda. Emotividad platónica versus mentalidad presocrático-aristotélica”) en *Nostalgia de una patria imposible*. Madrid: Akal Ediciones, 2005-331-343.

<sup>2</sup> Profesor titular del *Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona*. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona. Telf: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: [pgilabert@ub.edu](mailto:pgilabert@ub.edu); página web personal: [www.paugilabertbarbera.com](http://www.paugilabertbarbera.com)

<sup>3</sup> P. e.: “Tus ojos son los ojos de un hombre enamorado; / Tus labios son los labios de un hombre que no cree / En el amor.” “Entonces dime el remedio, amigo, / Si están en desacuerdo realidad y deseo” (‘Música cautiva’, *DQ, PC*, 498, 1-4), aunque, en este caso, me refiero obviamente al deseo de poseer, esto es, comprender objetivamente la realidad, enfrentado a la necesidad de expresar una visión idealístico-metafísica de esta misma realidad que satisfaga plenamente un talante poético con frecuencia reñido con el materialismo. Adopto en todos los casos las siglas que aparecen en la edición de Siruela – Madrid, 1993- de la *Poesía Completa (PC)* de Luis Cernuda, pp. 31-6 -seguidas del número de las páginas y del de los versos-, excepción hecha de los que aparecen tan sólo con la sigla *RD* y que citaré como sigue para su mejor identificación: *Primeras Poesías (Pr.P)*; *Los Placeres Prohibidos (Pl.P)*; *Las Nubes (LN)*; *Vivir sin Estar Viviendo (VSEV)*; *Un Río un Amor (RA)* y *Con las Horas Contadas (CHC)*.

<sup>4</sup> ‘Historial de un libro’. La paginación corresponde a *Prosa I*. Madrid: Siruela, 1994, p. 657.

<sup>5</sup> Pues, al fin y al cabo, recuérdese que: “En cuanto a lecturas filosóficas, la sola palabra filosofía despertaba en mi mocedad una curiosidad intelectual que no reservaba sólo para la poesía” (‘Historial de un libro’, *Prosa I*, 628).

<sup>6</sup> Aunque, eso sí, con vivencias diferentes: “El filósofo vive en sí lo abstracto humano y el poeta vive en sí lo concreto individual, tan trágico a veces, aquél construyendo el esqueleto de un mundo y éste el cuerpo sensible, tibio y coloreado” (‘Málaga-París. Líneas con ocasión de un poeta’, *Prosa Completa II*, 31).

<sup>7</sup> Y no sólo eso, sino que la misma poesía griega se caracteriza ante todo, según él, por su concisión: “... llegué a París... Entre los libros que compré entonces estaba la *Antología Griega*... editada en la colección Budé. Menciono su adquisición porque esos breves poemas, en su concisión maravillosa y penetrante, fueron siempre estímulo y ejemplo para mí (‘Historial de un libro’, *Prosa I*, 642).

culpa tal vez pueda achacarla a cierto idealismo mío, espontáneo y cándido, que sólo con ayuda del tiempo puedo dominar y, tras la reflexión, orientar hacia lo materialista. Ya Coleridge decía que los hombres son, por nacimiento, platónicos o aristotélicos, o sea, idealistas o materialistas” (658)<sup>8</sup>.

“Platónicos o aristotélicos, idealistas o materialistas”, visión “presocrática” del cosmos – “sobre todo, quizá”, heraclitea- erigiéndose en intelección correcta, por definitiva y no divagadora, de las cosas. Ninguna revelación, por consiguiente, que Cernuda no avanzara ya en tiempos pretéritos, aunque, desde la siempre arriesgada toma en consideración –por complejidad de estos parámetros helénicos, quizá haya lugar todavía no tanto para la sorpresa como para la reflexión y el diálogo ininterrumpidos con una obra poética que, como todas las grandes, muestra un cierto grado de inaprehensibilidad y, por supuesto, se resiste a una categorización fácil<sup>9</sup>. Larga *captatio benevolentiae* la mía, sólo perdonable si, como lector del poeta sevillano, acierto paradójica e impudicamente a airear mis propias perplejidades y a sugerir acaso, pero acechado por dudas insalvables y descartando medición alguna, que, pese a la precisión del poeta, el fiel de la balanza cernudiana se desequilibra a favor de lo ideal, sin que por ello pretenda desmentir la tensión por todos admitida y ya citada, puesto que él, y quién sabe si teniendo en mente la lira de Heráclito<sup>10</sup>, asegura: “El murciélago y el mirlo pueden disputarse por turno el dominio de tu espíritu; unas veces norteño, solitario, olvidado en la lectura, centrado en ti; otras sureño, esparcido, soleado, en busca del goce momentáneo. Pero en una y otra figuración espiritual, siempre hondamente susceptible de temblar al acorde, cuando el acorde llega” (‘El acorde’, *O, PC*, 614). Aprovecho la ocasión, pues, para, al amparo del que sería el “acorde global” de la obra de Cernuda, prescindir –el lector juzgará si temerariamente– tanto de la cronología de poemas y textos como del seguimiento de la evolución del poeta, razonablemente convencido de que la tensión o temblor de que pretendo hablar –como apuntaba, quizá algo desequilibrados– se nutre de oscilaciones constantes como las registradas por el sensor de agudos y graves<sup>11</sup>.

Parto en principio de la confesada profesión de fe materialista presocrático-aristotélica, su deseo, imponiéndose a lapsus idealístico-platónicos, su realidad, a cuya luz se podría y tal vez

---

<sup>8</sup> Véase al respecto: Cruzalegui Sotelo, P. *L’ experiència platònica en l’ Anglaterra del XIX*. Barcelona: P.P.U., 1998, primera parte, capítulo primero. Aprovecho la ocasión para señalar que me parece francamente innecesario adjuntar ahora o en cualquier otro momento algunos títulos importantes de la bibliografía general sobre el poeta, entre otras razones porque el volumen III de la edición de Siruela, *Prosa II*, pp. 849-922 cumple este cometido a la perfección, si bien haré mención de bibliografía específica concerniente a algunos de los aspectos clave que voy a tratar.

<sup>9</sup> En cualquier caso, sobre el peso genérico de la “Tradición Clásica” en la obra de Cernuda, véase p. e.: Noguerras, E. J. *Tradición clásica y poesía contemporánea (Microforma): tres visiones románticas de Grecia: Pessoa, Riba, Cernuda*. (tesis doctoral inédita). Granada: Servicio de Publicaciones, Universidad de Granada, 1990, y como introducción general: Martínez Nadal, R. *Españoles en la Gran Bretaña. Luis Cernuda. El hombre y sus temas*. Madrid: Hiperión, 1983.

<sup>10</sup> B 50-51 DK: “No escuchándome a mí, sino a la Razón, es sabio convenir que todas las cosas son una” (‘ οὐκ ἐμοῦ, ἀλλὰ τοῦ λόγου ἀκούσαντας ὁμολογεῖν σοφὸν ἐν πάντα εἶναι’ ὁ Ἡ. Φησι), dice Heráclito; y de que todos ignoran esto y no convienen en ello, se lamenta de este modo: “No comprenden cómo, al divergir, converge consigo mismo; armonía de la tensión que va y vuelve, como la del arco y la lira” (οὐ ξυνιᾶσιν ὅπως διαφερόμενον ἑωυτῶι ὁμολογέει· παλίντροπος ἀρμονίη ὅκωσπερ τόξου καὶ λύρης –las traducciones de Heráclito son mías siguiendo la edición de H. H. Diels- W.Kranz. *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. 1, 6<sup>th</sup> edn. Berlin: Weidmann, 1951, rpr. Dublin / Zurich, 1966).

<sup>11</sup> Evolución que puede seguirse en ‘Historial de un libro’ (*Prosa I*, pp. 625-661) con la guía inestimable del mismo L. Cernuda y que, justamente por el énfasis puesto p. e. en el abandono de la lectura del superrealismo francés a favor de la lectura de Hölderlin, Goethe, Schiller y los románticos ingleses, podría confirmar, a mi entender, esta mayor inclinación por un idealismo nunca sojuzgado y del que hablaba hace un momento.

convendría<sup>12</sup> leer su reiterado anclaje en el reino de los sentidos<sup>13</sup>, de los elementos y de la madre tierra; en suma, de la vida: “Existo, bien lo sé, / porque le transparenta / El mundo a mis sentidos / Su amorosa presencia” (*Pr.P*, VII, *PC*, 111, 1-4). “Te hubiera dado el mundo, / Muchacho que surgiste /... / Tras la colina ocre /... / La incierta hora con nubes desgarradas, / El río oscuro y ciego bajo la extraña brisa, / La rojiza colina con sus pinos cargados de secretos, / Te enviaban a mí, a mi afán ya caído / Como verdad tangible” (‘A un muchacho andaluz’, *IGM*, *PC*, 221-222, 1-2, 3, 22-26); “Yo no te conocía tierra; / Con los ojos inertes, la mano aleteante, / Lloré todo ciego bajo tu verde sonrisa, /... / Ignorándote, tierra mía, / Ignorando tu alentar, huracán o tumulto /... / Bien sé ahora que tú eres / Quien me dicta esta forma y esta ansia; /... /... radiantes cuerpos / Que tanto he amado inútilmente, / No es en vosotros donde la vida está, sino en la tierra, / En la tierra que aguarda, aguarda siempre / Con sus labios tendidos, con sus brazos abiertos” (‘Los fantasmas del deseo’, *DHO*, *PC*, 216-7, 1-3, 7-8, 11-12, 32-35); “... Creo en la vida, / Creo en ti que no conozco aún, / Creo en mí mismo; / Porque algún día yo seré todas las cosas que amo: / El aire, el agua, las plantas, el adolescente” (‘El mirlo, la gaviota’, *Pl.P*, *PC*, 190, 35-39); “Pero, ¿quién es el hombre para juzgar al hombre? / La oración de la fe salva al enfermo, / Y si cayó en pecado le será perdonado. / Este cuerpo que ya sus elementos restituye / Al agua, al aire, al fuego y a la tierra / Puede la gracia sellarlo todavía con un beso” (‘Apología pro vita sua’, *CQEA*, *PC*, 348, 98-103).

Y, sin embargo, son numerosos los versos en que, antes del abandono final en el seno ctónico, la verdad sí anida en los cuerpos<sup>14</sup> hasta el punto de provocar, cual divinos Jesucristos andantes, espontánea adoración: “En medio de la multitud le vi pasar, con sus ojos tan rubios como la cabellera. Marchaba abriendo el aire y los cuerpos; una mujer se arrodilló a su paso. Yo sentí cómo la sangre desertaba mis venas gota a gota” (‘En medio de la multitud’, *Pl.P*, *PC*, 176). Cuerpos, pues, que se abren para acoger otra mitad, sospechosamente equiparables a aquellas desconsoladas mitades, por la brutal bisección de Zeus, de los dobles seres del mito de los tres géneros del *Banquete* de Platón<sup>15</sup>: “Un roce al paso, / Una mirada fugaz entre las sombras, / Bastan para que el cuerpo se abra en dos, / Ávido de recibir en sí mismo / Otro cuerpo que sueñe; / Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne, / Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo” (‘No decía palabras’, *Pl.P*, *PC*, 178, 12-18); “Estabas en el teatro de verano... Sentado entre los suyos, como tú entre los tuyos, no lejos de ti le descubriste, para suscitar con su presencia, desde el fondo de tu ser, esa atracción ineludible, gozosa y dolorosa, por la cual el hombre, identificado más que nunca consigo mismo, deja también de pertenecerse

<sup>12</sup> Por supuesto, me refiero tan sólo, habida cuenta de que he prescindido de cronologías, al hecho de mostrar un claro materialismo *-lato sensu-* que después descubrirá coincidente con el talante de los presocráticos, o que se debe en parte ya a su inspiración, si fueron escritos con posterioridad a su descubrimiento.

<sup>13</sup> Cernuda confiesa, además, que la poesía es para él exorcización de la experiencia: “Quería yo hallar en poesía el “equivalente correlativo” para lo que experimentaba... al ver a una criatura hermosa (la hermosura física juvenil ha sido siempre para mí cualidad decisiva, capital en mi estimación como resorte primero del mundo, cuyo poder y encanto a todo lo antepongo) o al oír un aire de *jazz*. Ambas experiencias, de la vista y del oído, se clavaban en mí dolorosamente a fuerza de intensidad, y ya comenzaba a entrever que una manera de satisfacerlas, exorcizándolas, sería la de darles expresión” (‘Historial de un libro’, *Prosa I*, 632). Cabría hablar igualmente de anclaje en los cuerpos, de misticismo sexual: “Plenitud... Lo más periculado a ella es adentrarse por otro cuerpo en el momento del éxtasis, de la unión con la vida a través del cuerpo deseado... nada puedes percibir, querer ni entender si no entra en ti primero por el sexo, de ahí al corazón y luego a la mente. Por eso tu experiencia, tu acorde místico, comienza como una prefiguración sexual... Borrando lo que llaman otredad, eres, gracias a él, uno con el mundo, eres el mundo” (‘El acorde’, *O*, *PC*, 614).

<sup>14</sup> Véase al respecto: Frenzel Beyme, S. “La función del cuerpo en la cosmovisión poética de Luis Cernuda”. *Cuadernos del Sur* (Bahía Blanca), num. 10 (julio 1968-junio 1969), pp. 93-100.

<sup>15</sup> 189d-193d.

a sí mismo. Un pudor extraño, defensa quizá de la personalidad a riesgo de enajenarse, tiraba hacia dentro de ti hacia aquella criatura con la que no sabías cómo deseabas confundirte” (‘El enamorado’, *O, PC*, 576)<sup>16</sup>.

Aunque quizá sea la puntilla que la luz clava, con su uránica y nada terrenal naturaleza, en la cerviz de aquella anterior exaltación empedoclea de las cuatro raíces del universo, la que mejor nos introduce, en lo tocante a este primer apartado, en los secretos de un talante poético caracterizado por el paradójico doble juego de sumisión y superación de la realidad inmediata, de la realidad fenoménica: “Cuando aquellas mañanas tu cuerpo se tendía desnudo bajo el cielo, una fuerza conjunta, etérea y animal, sutilización y exaltación de la pesadez humana por virtud de la luz, iba penetrándole con violencia irresistible. Con su presencia se acallaban los poderes elementales de que el cuerpo es cifra, el agua, el aire, la tierra, el fuego, abrazados entonces en proporción y armonía perfectas” (‘La luz’, *O, PC*, 603).

Olvidemos de todos modos esta alegría ante el acallarse de los poderes elementales y sigamos creyendo al poeta en su razonada y casi contrita adhesión al materialismo. Rehuendo las “nociones halagüeñas de inmortalidad” que lamentaba, se le ve abrazando también a la muerte, experiencia física ineludible –genuinamente presocrática, si se quiere– en el eterno devenir de un mundo que es materia cambiante aun permaneciendo como principio, como *arché*<sup>17</sup>: “Esto es el hombre. Aprende pues, y cesa / De perseguir eternos dioses sordos / Que tu plegaria nutre y tu olvido aniquila. / Tu vida, lo mismo que la flor, ¿es menos bella acaso / Porque crezca y se abra en brazos de la muerte?” (‘Las ruinas’, *CQEA, PC*, 326, 63-67). Pero, a decir verdad, un tanto avergonzado por el idealismo platónico “espontáneo y cándido” que no acierta a dominar, y que en su poesía cuaja en el recurrente abandono de las sombras, esperaríamos descubrirle igualmente capaz de una catábasis decidida a su reino, a la caverna, la más platónica de las moradas subterráneas, cuando lo cierto es que, si se trata de regresar a la oscuridad, el modelo elegido es Orfeo justamente por su éxito en volver a la luz pese al frustrado rescate de Eurídice: “Tras la fatiga de un viaje nocturno... Tus lágrimas brotaron entonces amargamente... ¿No era posible recobrar en otra vida los momentos de dicha, que tan breves han sido en este existir... ¿No será posible reunirse para siempre con la criatura que tanto quieres?... Si no es posible, ¿qué razón tiene el vivir, cuando aquello en que se sustenta es ya pasado? Como Orfeo afrontarías los infiernos para rescatar y llevar de nuevo contigo la imagen de tu dicha, la forma de tu felicidad. Pero ya no hay dioses que nos devuelvan compasivos lo que perdimos, sino un azar ciego que va trazando torcidamente, con paso de borracho, el rumbo estúpido de nuestra vida” (‘Regreso a la sombra’, *O, PC*, 611-12).

Momentos humanos, por consiguiente, en que cunde el desaliento y que, con la ayuda inestimable de la imagen platónica de la caverna y, como decía antes, de las sombras de que Cernuda tanto se sirvió a lo largo de su aventura poética<sup>18</sup>, están ahí para ser abandonados, ellos

---

<sup>16</sup> Véase también: “Sabes bien, recuerdo de siglos, / Cómo el amor es lucha / Donde se muerden dos cuerpos iguales” (‘Quisiera saber por qué esta muerte’, *Pl.P, PC*, 183, 13-15) y “No le busques afuera. Él ya no puede / Ser distinto de ti, ni tú tampoco / Ser distinto de él: unidos vais, / Formando un solo ser de dos impulsos, / Como al pájaro solo hacen dos alas” (‘El amigo’, *VSEV, PC*, 387, 31-35).

<sup>17</sup> Huelga decir que, en este caso, me refiero principalmente a los milesios.

<sup>18</sup> Véase p. e.: “Como cuando el sol enciende / Algún rincón de la tierra, / Su pobreza la redime, / Con risas verdes lo llena, / Así tu presencia viene / Sobre mi existencia oscura / A exaltarla, para darle / Esplendor, gozo, hermosura. / Pero también tú te pones / Lo mismo que el sol, y crecen / En torno mío las sombras / De soledad, vejez, muerte” (‘La vida’, *CHC, PC*, 480-1, 1-12); “Yo no te había visto; /... / Cuando sentí una herida que abrió la luz en mi; / El dolor enseñaba / Cómo una forma opaca, copiando luz ajena, / Parece luminosa. / Tan luminosa, / Que mis horas perdidas, yo mismo, / Quedamos redimidos de la sombra, / para no ser ya más / Que memoria de luz” (‘Quisiera saber por qué esta muerte’, *Pl. P, PC*, 183, 16, 19-27) y “Hermosas y vencidas soñáis, / Vueltos los ciegos ojos hacia el cielo, / Mirando las remotas edades / De titánicos hombres, / Cuyo amor os daba ligeras guirnalda / Y la olorosa llama se

y su terrible atmósfera tenebrosa, en aras de un ideal o luz que los contrarreste a fin de que el alma o aliento vital, libre como el viento, abandone definitivamente la prisión del cuerpo: “La noche a la ventana. / Ya la luz se ha dormido. / Guardada está la dicha / En el aire vacío. / Levanta entre las hojas, / Tú, mi aurora futura” (*Pr.P*, XVI, *PC*, 117, 1-6); “Qué más da el sol que se pone o el sol que se levanta, / La luna que nace o la luna que muere. /... / Tu recuerdo, como el de ambos astros, / basta para iluminar, tú ausente, toda esta niebla que me envuelve” (‘Qué más da’, *Pl.P*, *PC*, 188, 1-2, 10-12); “Sobre la tierra gris de la colina, / Bajo las hojas nuevas del espino, /... / Rota estaba tu ala blanca y negra, (la del pájaro muerto) / Inmóvil en la muerte... /... / Inútil ya todo parece, tal parece / La pena del amor cuando se ha ido / El sufrir por lo bello que envejece, / El afán de la luz que anegan sombras” (‘Pájaro muerto’, *LN*, *PC*, 312, 1-2, 5-6, 13-6); “Oh Dios. Tú que nos has hecho / Para morir, ¿por qué nos infundiste / La sed de eternidad, que hace al poeta? / ¿Puedes dejar así, siglo tras siglo, / Caer como vilanos que deshace un soplo / Los hijos de la luz en la tiniebla avara?” (‘Las ruinas’, *CQEA*, *PC*, 325, 45-50); “En la hora de la muerte / (Si puede el hombre para ella / Hacer presagios, cálculos), / Tu imagen a mi lado / Acaso me sonría como hoy me ha sonreído, / Iluminando este existir oscuro y apartado / Con el amor, única luz del mundo” (‘Epílogo’, *DQ*, *PC*, 540, 35-41); “Con tal vehemencia el viento / Viene del mar, que sus sonos / Elementales contagian / El silencio de la noche /... / Mas no es él quien en desvelo / Te tiene, sino otra fuerza / De que tu cuerpo es hoy cárcel, / Fue viento libre, y recuerda” (‘El viento y el alma’, *VSEV*, *PC*, 398, 1-4, 9-12).

Quizá sea Heráclito, por consiguiente, el único que en verdad pueda rescatarlo de la platónica anámnesis de un pasado ideal definitivamente perdido. El pensador de Efeso es también maestro en la creación de imágenes con que proclamar al mundo que la vida es una tensión creada por polos opuestos, necesarios ambos y llamados a identificarse en algún punto. Ni el día ni la noche, si se les toma como ejemplo, conseguirán jamás imponer su imperio, condenados como están a cederse alternativamente el paso y hasta confundirse en el alba y el ocaso. Un *Lógos* supremo, él mismo entendido como el palpitar de un fuego que se enciende y apaga eternamente<sup>19</sup>, preside y sostiene una coherencia<sup>20</sup>, cosmos u orden basados en la salvífica oposición de contrarios<sup>21</sup>. En efecto, es sólo gracias a la enfermedad que identificamos y comprendemos la salud, el reposo gracias a la fatiga y la saciedad gracias al hambre<sup>22</sup>. Heráclito pensó que la imagen de un arco o una lira con sus respectivas cuerdas en tensión era idónea para ilustrar su credo filosófico, habida cuenta de que, si las cortáramos, ni uno ni otra existirían como tales. Ergo, la tensión existe o, lo que es lo mismo, los polos se mudan constantemente para salirse al encuentro. Su gran legado es el *pánta rheî* que supo y quiso

---

alzaba / Hacia la luz divina, su hermana celeste. /... La vida no era un delirio sombrío. /... / Eran tiempos heroicos y frágiles, /... / Hoy yacéis, mutiladas y oscuras” (‘A las estatuas de los dioses’, *IGM*, *PC*, 246-7, 1-7, 13,23, 25).

<sup>19</sup> B 30 *DK*: “Este mundo, el mismo para todas las cosas, no lo hizo ni dios ni hombre alguno, sino que hubo siempre, hay y habrá un fuego siempre vivo, encendiéndose y apagándose según medida” (κόσμον τόνδε, τὸν αὐτὸν ἀπάντων, οὔτε τις θεῶν οὔτε ἀνθρώπων ἐποίησεν, ἀλλ’ ἦν αἰεὶ καὶ ἔστιν καὶ ἔσται πῦρ αἰεὶ ζῶσον, ἀπτόμενον μέτρα καὶ ἀποσβεννύμενον μέτρα).

<sup>20</sup> B 1 *DK*: “Aunque esta razón existe siempre, los hombres devienen incapaces de comprenderla, tanto antes de oírla como después de haberla oído. En efecto, aun cuando todo sucede según esta razón...”. (τοῦ δὲ λόγου τοῦδ’ ἕντος αἰεὶ ἀξύνετοι γίνονται ἄνθρωποι καὶ πρόσθεν ἢ ἀκούσαι καὶ ἀκούσαντες τὸ πρῶτον γινομένων γὰρ πάντων κατὰ τὸν λόγον τόνδε...).

<sup>21</sup> B 8 *DK*: “Heráclito dice que lo opuesto concuerda y que de las cosas discordantes surge la más bella armonía, y que todo sucede según discordia” (Ἡ. τὸ ἀντίξουν συμφέρον καὶ ἐκ τῶν διαφερόντων καλλίστην ἁρμονίαν καὶ πάντα κατ’ ἕριν γίνεσθαι).

<sup>22</sup> B 111 *DK*: “Es la enfermedad la que convierte a la salud en algo placentero y bueno, el hambre a la saciedad y el cansancio al reposo” (νοῦσος ὑγιείην ἤδὺ καὶ ἀγαθόν, λιμὸς κόρον, κάματος ἀνάπαυσιν).

asociar a otra eficaz y exitosa imagen, la del río, cuyas aguas fluyen sin descanso, de tal suerte que no hay modo humano de introducirse dos veces en el mismo elemento<sup>23</sup>. Cernuda conoce bien tanto al pensador como a su imagen más célebre: "... Quién sabe. Alguien, ¿fue Heráclito?, dijo: "El camino que sube y el camino que baja es uno y el mismo" ('Las iglesias', *VTM, PC*, 638)<sup>24</sup>; "¿Un río / A cada instante / No es él y diferente?" ('Viendo volver', *VSEV, PC*, 430, 4-6); "Aunque no puede el labio / Beber dos veces de la misma agua" ('Vereda del cuco', *CQEA, PC*, 377, 49-50).

Pero, al igual que en los apartados anteriores, mejor será descubrir al poeta en su propia tensión, de amor y quién sabe si de odio, con el pensador jónico. Le necesita primero<sup>25</sup> para definir su vida, la fugaz experiencia humana y el flujo y reflujo de una vida inquieta y libre: "Palabras de demente o palabras de muerto, / Es igual. / Escucha el agua, escucha la lluvia, escucha la tormenta; / Ésa es tu vida: / Líquido elemento fluyendo entre sombras iguales" ('Tu pequeña figura', *PLP, PC*, 187, 14-18); "Si llegara hasta ti bajo la hierba /... / De los amigos la voz fugaz y clara, / Con oscura nostalgia quizá pienses / Que tu vida es materia del olvido. / Recordarás acaso nuestros días, / Este dejarse ir en la corriente/ Insensible de trabajos y penas" ('Niño muerto', *LN, PC*, 272, 1, 4-9); "La nieve fue el agua, la sustancia maravillosamente fluida que aparece bajo tantas formas amadas: la fuente, el río, el mar, las nubes, la lluvia; todas ágiles, movedizas, inquietas, como la vida; yendo y viniendo, subiendo y bajando, con su rumor músico, su centelleo mágico, su libertad volada. Mas el hielo, matándola, la fija" ('La nieve', *O, PC*, 602). Pero pronto atempera su entusiasmo y es en el mar en quien deposita su esperanza de un reposo final –o inicial-, ajeno ya al tránsito: "No comprendo a los ríos. Con prisa errante pasan / Desde la fuente al mar, en ocio atareado, / Llenos de su importancia, bien fabril o agrícola; / La fuente, que es promesa, el mar sólo la cumple, / El multiforme mar, incierto y sempiterno" ('A un poeta futuro', *CQEA, PC*, 340, 13-17).

Efectivamente, Cernuda es sobre todo un ser enamorado, humana y poéticamente aguijoneado por *éros*, el deseo<sup>26</sup>, ávido de una fuente inagotable de belleza donde anegarse o de donde poder beber hasta saciarse. La belleza humana, empero, no es fuente inagotable; ni tan siquiera –como bien lamenta- la de los adolescentes que el paso del tiempo confirma como espejismo, y es entonces cuando su fe presocrático-heraclitea es puesta a prueba. El *pánta rheî* heracliteo no admite por definición pacto alguno, pues quien osara hacerle frente sería arrastrado *nolens volens* por una fuerza indomeñable. Pero una vez más, Cernuda, hábil en el uso de poéticas armas, pone en jaque al rival aunque sea abjurando *stricto sensu* de una fe materialista cuyo primer mandamiento, en el caso de Heráclito, no puede ser otro que renunciar a detener las aguas del río, de su emblemático y siempre fluyente río. Pues bien, sigámosle en su sacrílego recorrido. Primero, se lamenta justamente del curso imparable de la vida que, como si de un río se tratara, arrastra lo máspreciado: "Placer, amor, mentira, / Beso, puñal, naufragio, /

<sup>23</sup> A 6 y B 49a *DK*: "Dice Heráclito en algún lugar que todo avanza y nada permanece y, comparando lo que existe con la corriente de un río, dice que no podrías adentrarte dos veces en el mismo río" (λέγει που Ἡράκλειτος ὅτι πάντα χωρεῖ καὶ οὐδὲν μένει καὶ ποταμοῦ ῥοῆι ἀπεικάζων τὰ ὄντα λέγει ὡς δις ἐς τὸν αὐτὸν ποταμὸν οὐκ ἂν ἐμβαίης) / "En los mismos ríos nos bañamos y no nos bañamos, somos y no somos" (ποταμοῖς τοῖς αὐτοῖς ἐμβαίνομεν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνομεν, εἶμεν τε καὶ οὐκ εἶμεν).

<sup>24</sup> O también: "El camino que sube/ Y el camino que baja/ Uno y el mismo son" ('El amante divaga', *CHC, PC*, 480, 331-33) -Cf. B 60 *DK*: "El camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo" (ὁδὸς ἄνω κάτω μία καὶ ὡστή)- y "El crepúsculo nórdico, lento, exige / A su contemplador una atención asidua, / velando nuestro fuego originario / (Para Heráclito la sustancia primera), / En su proceso, con celajes y visos / Delicados, cambiantes" ('J. R. J. contempla el crepúsculo', *DQ, PC*, 509, 12-17).

<sup>25</sup> Cumple ahora hacer la misma precisión que en la nota 9.

<sup>26</sup> Véase al respecto: Bruton, K. J. "Luis Cernuda and the Poetic of Desire". *Ibero-Romania* (Tübingen), num. 27-28 (1988), pp. 61-78 y Ronquillo, V. "Cernuda: el amor mueve al mundo". *El Nacional* (México D. F.), 3-I-84, 3ª. Sección, p. 4.

A la luz del recuerdo son heridas / De labios siempre ávidos; /... / Voces al fin ahogadas con la voz de la vida, / Por las heridas mismas, / Igual que un río, escapando; / Un triste río cuyo fluir se lleva / Las antiguas caricias, / El antiguo candor, la fe puesta en un cuerpo. / No creas nunca, no creas sino en la muerte de todo” (XVI de *DHO, PC*, 215-6, 14-18, 22-28). En segundo lugar, cierra las puertas a la realidad sempiterna del cambio y las abre a la tentación de lo estático como ideal: “Te hubiera dado el mundo, /... / Eras tú una verdad, /... / Y olvidando que sombra y pena acechan de continuo /... Quise por un momento fijar tu curso ineluctable” (‘A un muchacho andaluz’, *IGM, PC*, 221-222, 1,29,32,34)<sup>27</sup>. Después, apuñala la corriente –la detiene, en suma– que osa borrar las huellas de su amor: “Estaba tendido y tenía entre mis brazos un cuerpo como de seda. Lo besé en los labios, porque el río pasaba por debajo. Entonces se burló de mi amor... Lo besé en las espaldas, porque el agua sonaba debajo de nosotros. Entonces lloró al sentir la quemadura de mis labios... Besé su huella; mis lágrimas la borraron. Como el agua continuaba fluyendo, dejé caer en ella un puñal” (‘Estaba tendido’, *Pl. P, PC*, 179). Y, ya por último, se libra al éxtasis de la adoración del “remanso”, cuya tranquila y plácida superficie, imagen para él de un tiempo también detenido en eterno instante, logra ocultar el tránsito inexorable de la vida en su máximo esplendor hacia la decadencia y posterior muerte<sup>28</sup>: “Otros podrán hablar de cómo se marchita y decae la hermosura corporal, pero tú sólo deseas recordar su esplendor primero, y no obstante la melancolía con que acaba, nunca quedará por ella oscurecido su momento. Algunos creyeron que la hermosura, por serlo, es eterna (*Como dal fuoco il caldo, esser diviso – Non può’l bel dall’eterno*), y aun cuando no lo sea, tal en una corriente el remanso nutrido por idéntica agua fugitiva, ella y su contemplación son lo único que parece arrancarnos al tiempo durante un instante desmesurado” (‘El enamorado’, *O, PC*, 577). Y todavía una precisión: no siempre es necesario detener la corriente; basta con la percepción poética de “humanos fluyentes” como los remeros, pasando ante sus ojos generación tras generación, para que Cernuda transite con júbilo de lo cambiante a lo permanente –una actitud, en cualquier caso, poco heraclitea: “El verles huir (*i.e.* los remeros) así solicita el deseo doblemente, porque a su admiración de la juventud ajena se une hoy tu nostalgia de la propia, ya ida, tirando dolida de ti desde las criaturas que ahora la poseen. El amor escapa hacia la corriente verde, hostigado por el deseo imposible de poseer otra vez, con el ser y por el ser deseado, el tiempo de aquella juventud sonriente y codiciable, que llevan consigo, como si fuera eternamente, los remeros primaverales” (‘Río’, *O, PC*, 595).

Nadie puede llamarse a engaño ya; son muchos los momentos poéticos cernudianos que incitan a exclamar: “Heráclito y su *pánta rheî* han muerto”, víctimas de quien, como L. Cernuda, su irónico admirador, ha sabido y, sobre todo, ha querido hallar el rápido viaducto hacia la dilatación del instante –una osadía que por cierto, correspondería entre los insignes presocráticos más bien a la “oposición” eleática, con Parménides y su inmóvil *tò ón* a la cabeza. El poeta, el creador (*poietés*), ni es Dios ni eternidad, signos distintivos de un Idea cristiana, platónica o ambas cosas a la vez; pero no importa, puesto que la percepción poética del mundo actúa como el fondo oscuro de una cámara fotográfica dispuesta a eternizar cuanto en ella se impresiona: “Todo lo que es hermoso tiene un instante, y pasa. / Importa como eterno gozar de nuestro instante. / Yo no te envidio, Dios; déjame a solas / Con mis obras humanas que no duran: / El afán de llenar lo que es efímero / De eternidad, vale tu omnipotencia” (‘Las ruinas’, *CQEA, PC*, 325, 57-62). Eternizar el instante es por lo demás hábito viejo en él, pues, sumido

<sup>27</sup> Lo que se une de hecho al universal deseo humano de hallar una pausa de amor entre la fuga de las cosas: “... Todo se ha dado al hombre/ Tal distracción efímera de la existencia;/ A nada puede unir este ansia suya que reclama/ Una pausa de amor entre la fuga de las cosas” (‘La visita de Dios’, *LN, PC*, 274, 12-15); *cf.* igualmente con: “... algo debe amarse/ Mientras dura la vida. Pero en la vida todo/ Huye cuando el amor quiere fijarlo” (‘El ruiseñor sobre la piedra’, *LN, PC*, 315, 45-7).

<sup>28</sup> Véase al respecto: Bartolomé Pons, E. “Tiempo, amor y muerte en el lenguaje poético de Luis Cernuda”. *Ínsula* (Madrid), num. 415 (junio 1981), pp. 1-12.

en la añoranza del jardín familiar, “soñaste un día la vida como embeleso inagotable” (‘Jardín antiguo’, *O, PC*, 568). Diríase casi que se trata de magia “ucrónica” al alcance tan sólo de niños todavía no anclados definitivamente en el tiempo<sup>29</sup>: “¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño? Recuerdo aquel rincón del patio en la casa natal... Allí, en el absoluto silencio estival... he visto cómo las horas quedaban inmóviles, suspensas en el aire, tal la nube que oculta un dios, puras y aéreas, sin pasar” (‘El tiempo’, *O, PC*, 560). Pero no; el hombre también tiene sus recursos, máxime si es poeta, y el para muchos quimérico anhelo adulto de recobrar la conciencia tras la muerte y extasiarse de nuevo ante la contemplación de la belleza hermanará vida y muerte en el alma en un presente eterno: “Tras el dolor, la angustia, el miedo, / Como niño al umbral de estancia oscura, / Será el ceder de la conciencia; / Mas luego recobrada, la luz nueva/ veré, y tú en ella erguido. /... / Miraré... /... /... su juventud intacta / De nuevo, esperando, creyendo, amando. / La hermosura que el haber vivido / Pudo ser, unirá al alma / La muerte así, en un presente inmóvil” (‘El éxtasis’, *VSEV, PC*, 405-6, 1-5, 11, 13-18)<sup>30</sup>.

Las huellas de la autoconfesada mentalidad presocrático-aristotélica de Cernuda –su deseo, recordémoslo- parecen ahora definitivamente borradas, y escaso el margen de que dispongo para, viéndole engañarse complacido en “nociones halagüeñas de inmortalidad”, no descartar ya el seguimiento en el conjunto de su obra de una tensión realidad/deseo amenazada de muerte inminente. Fui sincero, sin embargo, cuando antes hablé de “mostrar impudicamente mis perplejidades”, de modo que, una vez más, a las puertas ya del triunfo de lo ideal, debo mostrar el Cernuda más nihilista y desesperanzado: “Desde niño, tan lejos como vaya mi recuerdo, he buscado siempre lo que no cambia, he deseado la eternidad. Todo contribuía alrededor mío, durante mis primeros años, a mantener en mí la ilusión y la creencia en lo permanente: la casa familiar inmutable, los accidentes idénticos de mi vida... Pero terminó la niñez y caí en el mundo... Todo desaparecía, poniendo en mi soledad el sentimiento amargo de lo efímero. Yo solo parecía duradero entre la fuga de las cosas... ¡Dios!, exclamé entonces: dame la eternidad... Fue un sueño más, porque Dios no existe. Me lo dijo la hoja seca caída, que un pie deshace al pasar. Me lo dijo el pájaro muerto, inerte sobre la tierra el ala rota y podrida. Me lo dijo la conciencia, que un día ha de perderse en la vastedad del no ser. Y si Dios no existe, ¿cómo puedo existir yo? Yo no existo ni aun ahora, que como una sombra me arrastro entre el delirio de sombras, respirando estas palabras desalentadas, testimonio (¿de quién y para quién?) absurdo de mi existencia” (‘Escrito en el agua’, *O, PC*, 614-5).

Imposible no pensar ahora en el más radical de los nihilistas, en E. Cioran y su *Caída en el tiempo*<sup>31</sup>, aunque este Cernuda no le queda a la zaga. Si Platón fijó definitivamente en *El Timeo* la distancia abismal entre lo que “es” y lo que “deviene”<sup>32</sup>, reservando para el primero, para la

<sup>29</sup> Véase al respecto: Balmaseda Mestu, E. “El paraíso infantil en Luis Cernuda”, *Memoria de la infancia en la poesía española contemporánea*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1992, pp. 40-48.

<sup>30</sup> Recuérdese aquél: “Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a que se refirió Nietzsche. ¿Puede esperarse más de él? ¿Es necesario más? (‘Historial de un libro’, *Prosa I*, 660).

<sup>31</sup> Cioran, E. M. *La Caída en el tiempo*. P. e. en Caracas: Monte Ávila Editores, 1977.

<sup>32</sup> *Timeo* 27d-28, 3: ‘Así, pues, en mi opinión cumple en primer lugar establecer la diferencia siguiente: ¿qué es lo que es siempre y no deviene, y que es lo que siempre deviene y nunca es? Uno podemos captarlo con la inteligencia mediante el razonamiento en la medida en que es siempre según sí mismo (igual a sí mismo) –es inmutable-, del otro podemos opinar mediante la creencia que deriva de la percepción sensible ajena a la razón, en la medida en que nace y muere y nunca es –es mutable-’ (‘Ἔστιν οὖν δὴ κατ’ ἐμὴν δόξαν πρῶτον διαίρετέον τάδε· τί τὸ ὄν ἀεί, γένεσιν δὲ οὐκ ἔχον, καὶ τί τὸ γιγνόμενον μὲν ἀεί, ὄν δὲ οὐδέποτε; τὸ μὲν δὴ νοήσει μετὰ λόγου περιληπτόν, ἀεί κατὰ ταῦτα ὄν, τὸ δ’ αὖ δόξη μετ’ αἰσθήσεως ἀλόγου δοξαστόν, γιγνόμενον καὶ ἀπολλύμενον, ὄντως δὲ οὐδέποτε ὄν – la traducción es mía según la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1972).



Idea -o si se quiere para el Dios inexistente de ‘Escrito en el agua’-, el reino de lo inmutable por no hallarse sujeto a cambio o transformación alguna; si incluso la base ontológica del Todo se desvanece, ¿cómo no creerle en su abjuración del idealismo, platónico o no? No seré yo quien ponga en duda la sinceridad del poeta, máxime cuando le veo aterrado, como casi todos los humanos en algún momento de sus vidas, por la insidiosa imagen de un Absurdo que rige, cual aciago demiurgo, sus estúpidas vidas. Y, no obstante, sí querría señalar que, desde luego estamos muy lejos del materialismo, presocrático, aristotélico o de cualquier otra índole, mientras que, de nuevo paradójicamente, su estado actual se asemeja mucho al de los prisioneros de la caverna platónica, sombra entre sombras, y “el ala rota y podrida del pájaro muerto inerte sobre la tierra” pudiera recordar igualmente el trágico destino de las almas de la famosa palinodia del *Fedro*<sup>33</sup>, la pérdida de cuyas alas las convierte, en el mejor de los casos, en ocupantes interinas de un cuerpo prisión. Todo ello, claro está, sin olvidar que el uso consciente de las eficacísimas imágenes platónicas no tiene por qué implicar comunión expresa con el credo metafísico de su creador, aunque en este caso los reconocidos deslices “espontáneos y cándidos” de Cernuda deberían mantenernos en permanente estado de alerta.

Sea como fuere, su poesía nos da también abundantes ejemplos de lucha tenaz contra el hastío vital y aun de pragmática -¿por qué no materialista?- aceptación de la muerte: “Estoy cansado de estar vivo, / Aunque más cansado sería el estar muerto; / Estoy cansado del estar cansado / Entre plumas ligeras sagazmente, / Plumadas del loro aquel tan familiar o triste, / El loro aquel del siempre estar cansado” (‘Estoy cansado’, *RA, PC*, 152, 9-14); “Morir es duro, / Mas no poder morir, si todo muere, / Es más duro quizá” (‘Desolación de la Quimera’, *DQ, PC*, 528, 24-6). Pero sería difícil igualmente negar que aquella tentación nihilista -siempre *lato sensu*- tiene reservado su espacio en el seno de una personalidad humana y poética ciertamente compleja y tensa entre pulsiones opuestas, de tal suerte que tanto la tranquilidad e inconsciencia de un limbo anterior al abismo del tiempo y la vida, como el olvido y la nada elevados respectivamente a ansia suprema y canon de belleza terminan confirmándose en ocasiones: “Esto, de haber sido posible, es lo que hubiera preferido: volver atrás, regresar a aquella región vaga y sin memoria de donde había venido al mundo... Intentaba forzar sus recuerdos, para recuperar conocimiento de dónde, tranquilo e inconsciente, entre nubes de limbo, le había tomado la mano de Dios, arrojándole al tiempo y a la vida” (‘La eternidad’, *O, PC*, 556); “Vivo un solo deseo, / Un afán claro, unánime; / Afán de amor y olvido” (*Pr.P, VII, PC*, 112, 12-14); “No quiero, triste espíritu, volver / Por los lugares que cruzó mi llanto, /... / No quiero recordar / Un instante feliz entre tormentos; / Gozo o pena, es igual, / Todo es triste al volver. /... / No, no quisiera volver, / Sino morir aún más, Arrancar una sombra, Olvidar un olvido” (XI de *DHO, PC*, 209-10, 1-2, 5-8, 13-16); “Vida tras vida, fueron / olvidando los hombres / Aquella diosa virgen / Que misteriosamente, desde el cielo, /... / Asiste a sus vigiliadas /... / Ella ha sido quien viera a los abuelos /... / Sus trabajos vio luego, /... / Miró sus largas guerras /... / Cuánta sangre ha corrido /... / Mas una noche, al contemplar la antigua / Morada de los hombres, sólo ha de ver allá / Ese reflejo de su dulce fulgor, /... / Sin que ningunos ojos humanos / Hasta ella se alcen a través de las lágrimas, / definitivamente frente a frente / El silencio de un mundo que ha sido / Y la pura belleza tranquila de la nada” (‘Noche de luna’, *LN, PC*, 251-4, 1-4, 6, 8, 15, 20, 39, 74-6, 79-83).

Y ahora sí. Creo haber sido fiel a mi promesa -o mejor dicho, sentido común- de optar por un repaso clásico y ecuánime de versos cernudianos oscilantes entre su realidad, la de un temperamento idealizante, y su deseo, el de una visión materialista del mundo, alimento de toda una vida entregada al cultivo de la poesía y enmarcados en parámetros helénicos, platónicos y presocrático-aristotélicos, identificados e indicados por el mismo poeta. Aun así, osé hablar en su momento de la percepción personal de un ligero desequilibrio a favor del idealismo platónico

---

<sup>33</sup> 244-257b.

que, en estricta aplicación del saludable ejercicio sofístico –de paternidad protagórica- de la doble y opuesta valoración de todo tipo de cuestiones, he querido con plena conciencia relativizar al máximo<sup>34</sup>. Sería absurdo, empero, que a su vez terminara hurtando a la consideración de los lectores ejemplos inequívocos de un talante idealista que, viniendo de un buen conocedor de la obra de Platón así como de su fuerte incidencia en la Literatura Británica<sup>35</sup> –S. T. Coleridge, P. B. Shelley, R. Browning<sup>36</sup>- merecen el calificativo, en su caso nada arriesgado, de platonizante<sup>37</sup>. “Cierto que la hermosura humana, según el tópico platónico”, dice en ‘Helena’ de *Ocnos* (PC, 610)<sup>38</sup> –y pocos hay que hablen más de la belleza humana que Cernuda-, “no es sino reflejo de la divina”, por si todavía había que demostrar algo. Pero sin duda resulta inevitable traer a colación ahora aquel conocido pasaje de *Palabras antes de una lectura*, donde Fichte, representante ilustre del idealismo alemán, le enseña a bucear en el mar de la apariencia en busca de una verdad inmersa pero excelsa: “El instinto poético se despertó en mí gracias a la percepción más aguda de la realidad, experimentando, con un eco más hondo, la hermosura y la atracción del mundo circundante. Su efecto era, como en cierto modo ocurre con el deseo que provoca el amor, la exigencia, dolorosa a fuerza de intensidad, de salir de mí mismo, anegándome en aquel vasto cuerpo de la creación. Y lo que hacía aún más agónico aquel deseo era el reconocimiento tácito de su imposible satisfacción. A partir de entonces comencé a distinguir una fuente simultánea y opuesta dentro de mí: hacia la realidad y contra la realidad. El deseo me llevaba hacia la realidad que se ofrecía como si sólo con su posesión pudiera alcanzar certeza de mi propia vida. Mas como esa posesión jamás la he alcanzado sino de modo precario, de ahí la corriente contraria, de hostilidad ante el irónico atractivo de la realidad. Puesto que, según parece, ésa o parecida ha sido también la experiencia de algunos filósofos y poetas que admiro, con ellos concluyo que la realidad exterior es un espejismo y lo único cierto mi propio deseo de poseerla. Así pues, la esencia del problema poético, a mi entender, la constituye el conflicto entre realidad y deseo, entre apariencia y verdad, permitiéndonos alcanzar algún vislumbre de la imagen completa del mundo que ignoramos, de la “idea divina del mundo que yace al fondo de la apariencia”, según la frase de Fichte”<sup>39</sup>.

---

<sup>34</sup> Recuérdese, p. e.: Clemente de Alejandría, *Miscelánea* 6, 65: “Los griegos dicen y Protágoras fue el primero, que un razonamiento se puede oponer a cualquier razonamiento” (“Ελληνές φασι Πρωταγόρου προκατάρξαντος παντί λόγω λόγον ἀντικεισθαι –la traducción es mía siguiendo la edición de O. Stälin, L. Früchtel and V. Treu. Berlin: Akademie-Verlag, 1970). Séneca, *Cartas a Lucilio*, 88, 43: “Protágoras dice que cualquier cuestión puede ser discutida desde dos puntos de vista y con la misma fuerza, incluso sobre esta cuestión misma de si se puede discutir desde dos puntos de vista diferentes” (*Protagoras ait de omni re in utrumquam partem disputari posse ex aequo et de hac ipsa, an omnis res in utramque partem disputabilis sit* –la traducción es mía seguint la edición de L. D. Reynolds, Oxford Classical Texts, 1966).

<sup>35</sup> Véase al respecto: Otero, C.-P. “Cernuda y los románticos ingleses”. *Quimera* (Barcelona), num. 15 (enero 1982), pp. 33-38. Recogido en *Studies in Honor of José Rubia Barcia*. Johnson, R. y Smith, P. C. (eds.). Lincoln: University of Nebraska, 1982, pp. 125-140.

<sup>36</sup> Véase p. e. *Prosa Completa I*. Madrid: Siruela, pp. 315, 328-9, 334, 403-5 y 485.

<sup>37</sup> Véase al respecto: Curry, R. “Between Platonism and Modernity: The Double “Fall” in the Poetry of Luis Cernuda”. En Jiménez-Fajardo, S. (ed.). *The Word and the Mirror*, Associated University Presses, 1989, pp. 114-131.

<sup>38</sup> Ocasión que aprovecha para “deplorar que Grecia nunca tocara el corazón ni la mente españoles, los más remotos e ignorantes, en Europa, de la “gloria que fue Grecia”. Bien se echa de ver en nuestra vida, nuestra historia, nuestra literatura”. Lo que España perdió así para siempre no fue sólo el conocer a la hermosura, tanto como eso es..., sino el conocer también y respetar a la medida, uno de los más significantes atributos de ella” (‘Historial de un libro’, *Prosa I*, 609).

<sup>39</sup> *Prosa Completa I*. Madrid: Siruela, p.602.

Y es que Platón, el más mitológico, alegórico e imaginativo quizá de los pensadores griegos<sup>40</sup>, se convierte para él en un pozo inagotable. ¿Cómo no va Cernuda a inspirarse en él, en efecto, si, angustiado por la mutabilidad de unos cuerpos que ama hasta la enajenación, necesita recobrar el aliento y encontrar el refugio seguro de la permanencia de la Belleza, de la Idea?: “Aquellos seres cuya hermosura admiramos un día, ¿dónde están? Caídos, manchados, vencidos, si no muertos. Mas la eterna maravilla de la juventud sigue en pie, y al contemplar un nuevo cuerpo joven, a veces cierta semejanza despierta un eco, un dejo del otro que antes amamos... un impotente dolor nos asalta, comprendiendo, tras la persistencia de la hermosura, la mutabilidad de los cuerpos” (‘Sombras’, *O, PC*, 583)<sup>41</sup>. ¿Quién sino él atisba ya la música fundamental, cuyos limitados y tangibles ecos percibimos en este mundo de sombras?: “Entreví entonces (ante la luz y la música provenientes de un salón) la existencia de una realidad diferente de la percibida a diario, y ya oscuramente sentía cómo no bastaba a esa otra realidad el ser diferente, sino que algo alado y divino debía acompañarla y aureolarla” (‘La poesía’, *O, PC*, 553); “Lo que en la sombra solitaria de una habitación te llamaba desde el muro, y te dejaba anhelante y nostálgico cuando el piano callaba, era la música fundamental, anterior y superior a quienes la descubren e interpretan, como la fuente de quien el río y aun el mar sólo son formas tangibles y limitadas” (‘El piano’, *O, PC*, 555-6). ¿Acaso alguien puede compartir como él la “pterofilia” de Platón<sup>42</sup>, si, caído en el mundo como aquellas almas de la palinodia del *Fedro*, siempre ha sentido la urgencia de “sutilizarse”, de remontar el vuelo y huir: “Siendo joven, bastante tímido y demasiado apasionado, lo que le pedía a la música eran alas para escapar de aquellas gentes extrañas que me rodeaban, de las costumbres extrañas que me imponían, y quién sabe si hasta de mí mismo” (‘La música’, *O, PC*, 585)<sup>43</sup>. Y, por último y desde su propio empeño ascendente, deslumbrado como está por la luz que acalla “los poderes elementales de que el cuerpo es cifra”, ¿sería verosímil no verle cantar a la Musa Urania, si ella es quien mejor puede salvarle del poderoso anclaje terrenal que, aunque poeta, le abrumba?<sup>44</sup>: “Ella está inmóvil. Cubre aéreo / El ropaje azulado su hermosura virgen; / La estrella diamantina allá en la frente / Arisca tal la nieve, y en los ojos / La luz que no conoce sombra alguna. /... / Musa la más divina de las nueve, / Del orden bello virgen creadora, / Radiante inspiradora de los números, / A cuyo influjo las almas se levantan / De abandono mortal en un batir de alas” (‘Urania’, *CQEA, PC*, 328, 6-10, 16-20).

Realidad última escondiéndose tras la apariencia, según Fichte, y el deseo cernudiano, inalcanzado, de poseerla. Realidad inmortal o platónico-ideal como sede casi permanente de su emotividad poética, enfrentada en nuestro análisis –y por indicación expresa del mismo poeta– al deseo presocrático-aristotélico de aprehenderla en su objetividad y presencia material. Una

<sup>40</sup> Véase al respecto: Ancet, J. *Les images et les mythes dans la poésie de Luis Cernuda* (tesis doctoral inédita). Universidad de Lyon, 1966 y Bruton, K. J. *The Developing Expressions in the Poetry of Luis Cernuda: The Role of Image and Symbol*. Universidad de Londres, 1980.

<sup>41</sup> No deja de ser sintomático, a mi juicio, que cuando advertimos el uso de un vocabulario en principio más aristotélico, es decir, más “proclive” a la “forma” que a la “idea”, el resultado continúe siendo muy platonizante: “Te hubiera dado el mundo, /... / Eras el mar aun más / Tras de las pobres telas que ocultaban tu cuerpo; / Eras forma primera” (‘A un muchacho andaluz’, *IGM, PC*, 221, 1, 12-14).

<sup>42</sup> Véase al respecto: Aguirre, J. M. “El cuarto y las alas en la poesía de Luis Cernuda”. *Actas del Ier. Congreso Internacional sobre Luis Cernuda* (1902-1963). Sevilla: UIMP, 1990, pp. 121-134.

<sup>43</sup> Y con connotaciones más bíblicas: “Bajo el anochecer inmenso, /... , iba / Como un ángel que arrojan / De aquel edén nativo, /... / Lo que en la luz fue impulso, las alas, / Antes candor erguido, / A la espalda pesaban sordamente, /... / Ellas fueron sus alas en tiempos de alegría, /... / Pesa, pesa el deseo recordado; / Fuerza joven quisieras para alzar nuevamente, / Con fango, lágrimas, odio, injusticia, / la imagen del amor hasta el cielo, / la imagen del amor en la luz pura” (X de *DHO, PC*, 208-9, 1, 2-4, 7-9, 19, 27-31).

<sup>44</sup> En cualquier caso y por lo que hace a la pasión por lo absoluto, véase p. e.: Couso Cadhaya, J. L. “Búsqueda de lo absoluto en la poesía de Luis Cernuda”. *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), num. 93 (1973), pp. 654-659.

nueva versión, en suma, del motor de su instinto poético. Permítaseme confesar, a modo de epílogo, que, ante la belleza y profundidad de la poesía de L. Cernuda, también yo siento el deseo de poseerla, “como si sólo con su posesión pudiera alcanzar certeza de mi propia” sensibilidad poética. “Mas como esa posesión jamás la” alcanzo “sino de modo precario”, ni siquiera con la ayuda de significativos parámetros helénicos, “concluyo”, quizá con muchos otros, que la osadía de querer desvelar su misterio “es un espejismo y lo único cierto mi propio deseo de poseerla”. Gozoso conflicto también entre realidad y deseo que me asegura el placer de la relectura en busca de nuevos secretos.